

Los estratégicos de caza del Paleolítico Superior Cantábrico

Federico BERNALDO DE QUIRÓS

Junto al estudio de los restos de industria, el análisis de la fauna, y su significado económico y ecológico, nos permite considerar las culturas de un modo más amplio y comprender mejor su evolución. Los grupos humanos durante el Pleistoceno tuvieron una economía depredadora en la que dependieron de los recursos del medio ambiente.

Los aportes más importantes y más directamente relacionados con la alimentación son los restos de fauna. En primer lugar tenemos que hacer una serie de consideraciones sobre la importancia relativa de estos restos. La presencia de huesos de animales en un yacimiento paleolítico se debe a dos causas principales. Por un lado tenemos los animales cuya existencia en una ocupación humana se debe a la acción selectiva del cazador sobre el medio ambiente. Por otro lado están los animales que viven en el yacimiento de forma natural, bien coexistiendo con el hombre o bien ocupando la cueva cuando se produce su abandono. Partiendo de estas consideraciones vemos como vamos a tener dos conjuntos cuya importancia económica es desigual. Una categoría es la de los elementos aportados por el hombre, constituyendo el reflejo cultural del medio. La otra representa el biotopo específico y natural de la cueva.

Nuestro trabajo se centra en el análisis de la fauna que ha servido de base económica al hombre paleolítico. Consideramos como tales los restos de macromamíferos, ya que la microfaua representa un aporte natural de las rapaces que utilizaron el yacimiento cuando éste se abandonó. Los restos de carnívoros plantean un problema especial respecto a su presencia. En muchos casos (oso, hiena, zorro, etc.) se atestigua su preferencia por hábitats cavernícolas, sin embargo en muchos casos han sido cazados por su piel.

Como ya expusimos en un trabajo anterior (Bernaldo de Quirós, 1980), los estudios de la fauna nos permiten un conocimiento muy

amplio de las actividades humanas. La presencia de restos animales en los yacimientos arqueológicos se debe principalmente a su capacidad alimenticia. También se cazaron animales por la utilidad de parte de ellos, como los cuernos de los cérvidos, o las pieles. Tampoco hemos de olvidar el aspecto social de la caza, es posible que la captura de grandes carnívoros u otros animales peligrosos (como cérvidos en celo) dependiera más de consideraciones sociales, como la iniciación o el propio prestigio del cazador que de consideraciones alimenticias o utilitarias.

La aparición relativa de las distintas partes del esqueleto nos permite deducir la existencia de toda una serie de actividades encaminadas hacia un mejor aprovechamiento de las piezas cazadas. En primer lugar, el despiece de los animales (*butchery*) representa una serie de ventajas en relación con el transporte de los animales. El abandono de partes del animal sobre el terreno de caza implica una economía de peso pues se aportarían al campamento las partes más ricas en recursos alimenticios evitando pesos muertos y se conseguiría un mejor rendimiento por pieza cazada. El estudio de las marcas encontradas en los huesos, fundamentalmente en forma de cortes o incisiones, provee un importante campo de contraste de las técnicas de descuartizamiento y carnicería de un animal (fig. 1–2). Este tipo de estudios, ha sido utilizado desde hace mucho tiempo como prueba de las actividades antrópicas sobre restos óseos. Sin embargo, es el trabajo de Binford (1981) el que plantea la necesidad de un estudio sistemático de las marcas y cortes sobre los huesos. Desgraciadamente es un tipo de trabajo que se encuentra actualmente poco desarrollado en nuestro país, y del que sólo conocemos referencias parciales de trabajos en preparación (Pumarejo Gomes & Bernaldo de Quirós, 1990; Pumarejo & Cabrera Valdés, 1990).

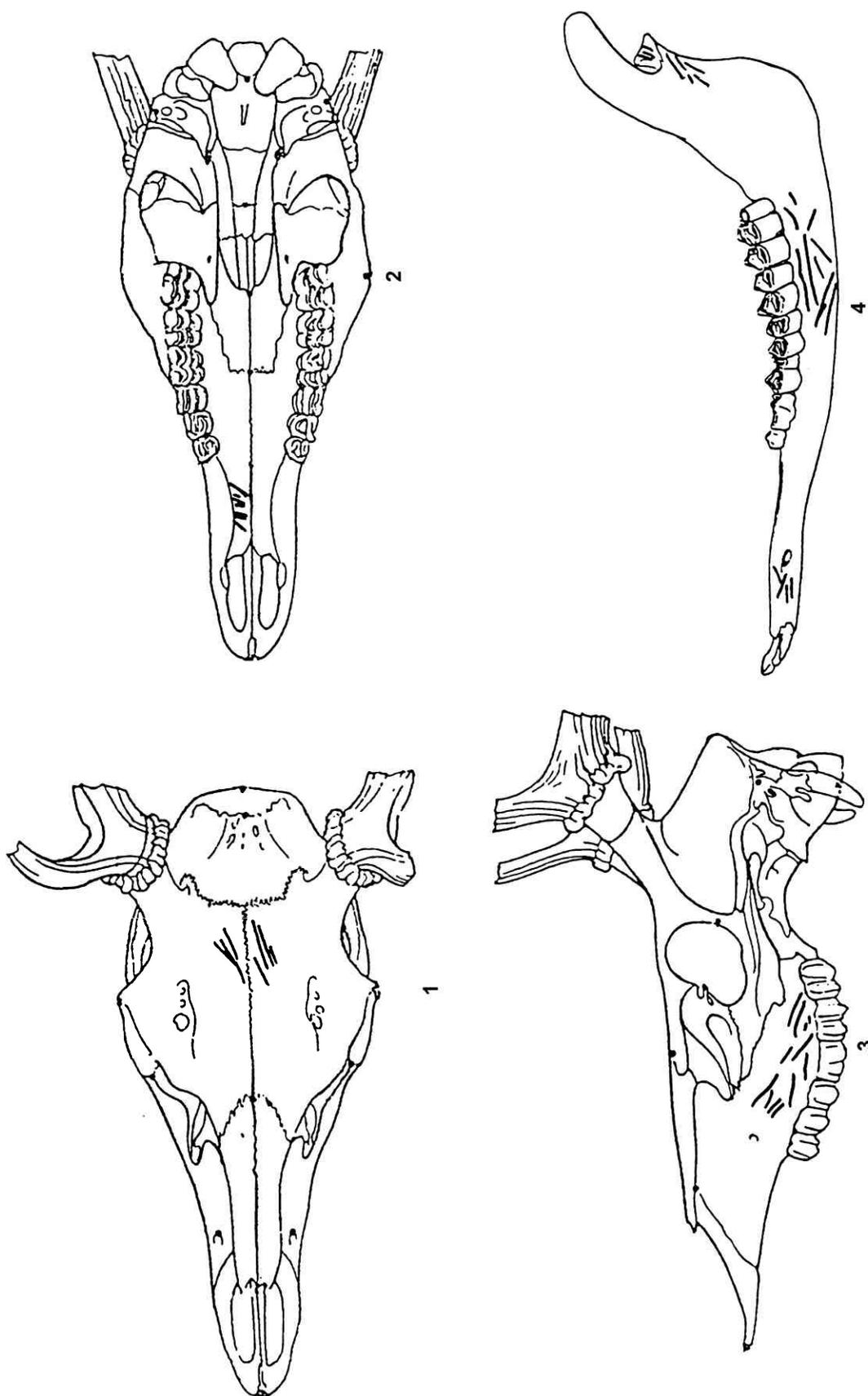


Fig. 1 — Localización preferencial de las incisiones.

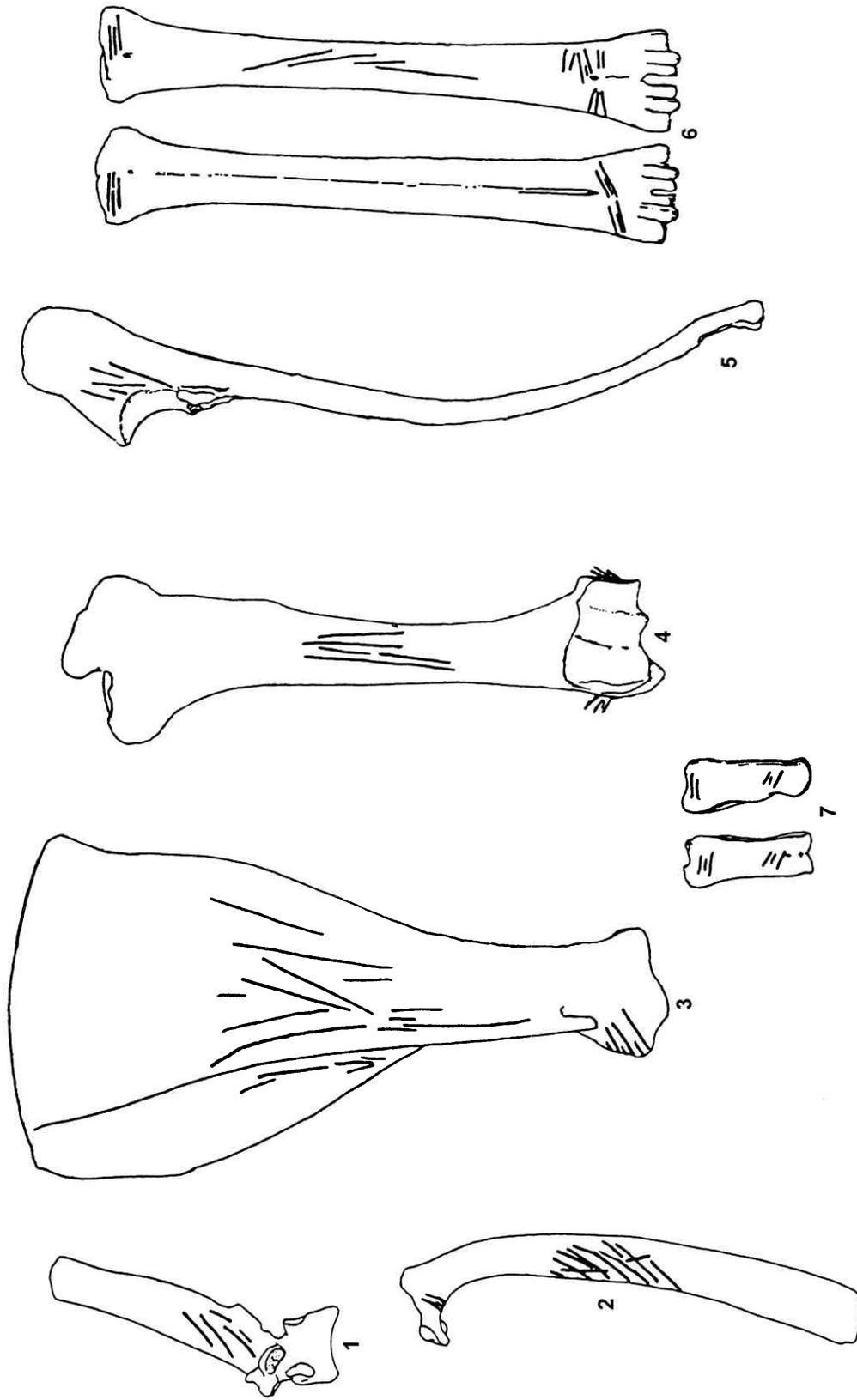


Fig. 2 — Localización preferencial de las incisiones.

Tenemos que considerar siempre que los grupos humanos paleolíticos vivían en gran medida de la caza por lo que sus técnicas deberían alcanzar un máximo de efectividad con un mínimo de esfuerzo. La economía en el transporte de los productos de la caza desde el lugar de la caza al campamento deberá evitar pesos muertos y por otro lado determinar el aprovechamiento máximo del animal tanto en sus productos alimenticios (carne y grasa) como en las partes con valor utilitario (cuernos y piel). Así podrían obtener el mejor partido de los animales y su beneficio sería máximo. De esta forma tendríamos un modelo básico, separación de las extremidades del esqueleto axial y transporte del animal en cuartos. Las variaciones estarán entonces en el aprovechamiento de las partes del animal destinadas a otras actividades, como la piel, los tendones, etc.

La Región Cantábrica, formada en su mayor parte por materiales calcáreos, presenta un desarrollo muy intenso del karst. Este permitió a los grupos humanos contar con gran número de cavidades en las que establecer su habitación. Por otro lado, la estructura fallada de la región creó una red hidrográfica compartimentada. La unión de estos factores, riqueza en cuevas y valles compartimentados, permitió la existencia, también, de una cierta compartimentación en la ocupación del espacio útil. La costa, como camino principal de comunicación, facilitó las relaciones entre los valles y con el resto de Europa. Las fluctuaciones del nivel del mar marcarían también el desarrollo de zonas, cuya extensión es aún hipotética, que sin duda utilizarían como área de caza. Estas zonas, descubiertas por el mar en sus regresiones no están suficientemente estudiadas en la costa Cantábrica para poderlas delimitar, sin embargo, podemos pensar en un pasillo de varios kilómetros de ancho que contendría un amplio terreno llano con varios cuetos o colinas calcáreas con una amplia zona de marismas. La extensión en etapas frías de esta zona podría servir para el desarrollo de especies como el reno que así no entrarían en competición ecológica con el ciervo.

Ecológicamente consideramos, que las especies representan tres tipos de biotopos. El ciervo y el corzo representarían un biotopo forestal, boscoso. El caballo y el gran bóvido representarían un biotopo de campo abierto, pradera o braña mientras que la cabra y el rebeco indicarían uno rocoso y abrupto. Se ha escrito mucho sobre la ecología de estos

animales y sobre su validez. Desgraciadamente estas especies están todas (salvo el corzo y el rebeco) extintas de forma natural en la Región Cantábrica. El caballo asturcón de la Sierra del Suevo parece una especie cimarrón. El ciervo ha sido repoblado desde las sierras de la Meseta Central o Andalucía. Un caso semejante es la cabra, pues el mueyu o cabra salvaje de Asturias está extinta. Sin embargo, podemos caracterizar su ecología y comportamiento comparándolos con zonas donde se conservan en la actualidad.

Como es forma habitual en todo el Paleolítico Superior Cantábrico, el ciervo es el animal más cazado. Le siguen en número los bóvidos y el caballo; ambos representan la aportación alimenticia más importante, pues su peso en carne supera ampliamente al del ciervo (Freeman, 1971). Sin embargo, el ciervo también representó una fuente de materias primas, junto a la propia carne es utilizable el asta.

En este sentido analizamos las presencias de los diferentes animales, atendiendo al número de animales identificados y su presencia por yacimientos. Los datos, en general nos presentan dos modelos (fig. 3). El primero vendría representado por el ciervo, en esta especie vemos indicaciones de la presencia de muchos animales en pocos yacimientos, estructura que por otro lado es común a las diferentes etapas, atestiguándose tanto en el Musteriense como en el Paleolítico Superior. Esta estructura contrasta con la representada por las demás especies como el corzo, gran bóvido, caballo y rebeco con pocos animales en muchos yacimientos. Si consideramos que el número de yacimientos es aproximadamente el mismo debemos considerar la existencia de diferentes actitudes en relación con estos animales. La clave nos la indica la cabra, presentando la doble tendencia, pues si bien es numerosa en pocos yacimientos también está representada por pocos animales en muchos yacimientos. La existencia de «cazadores» especializados en cabra como Rascaño nos permite considerar que en el caso del ciervo podríamos encontrar también especialización en su caza. La existencia de especialización en la caza de los ciervos, durante el Magdaleniense, fue propuesta por L. G. Freeman (1973). Sin embargo, vemos que esta tendencia no es exclusiva del Magdaleniense, pues ya se detecta en el Auriñaciense. Como veremos posteriormente, la «especialización» en la caza de los ciervos se debe comprender dentro de una visión general

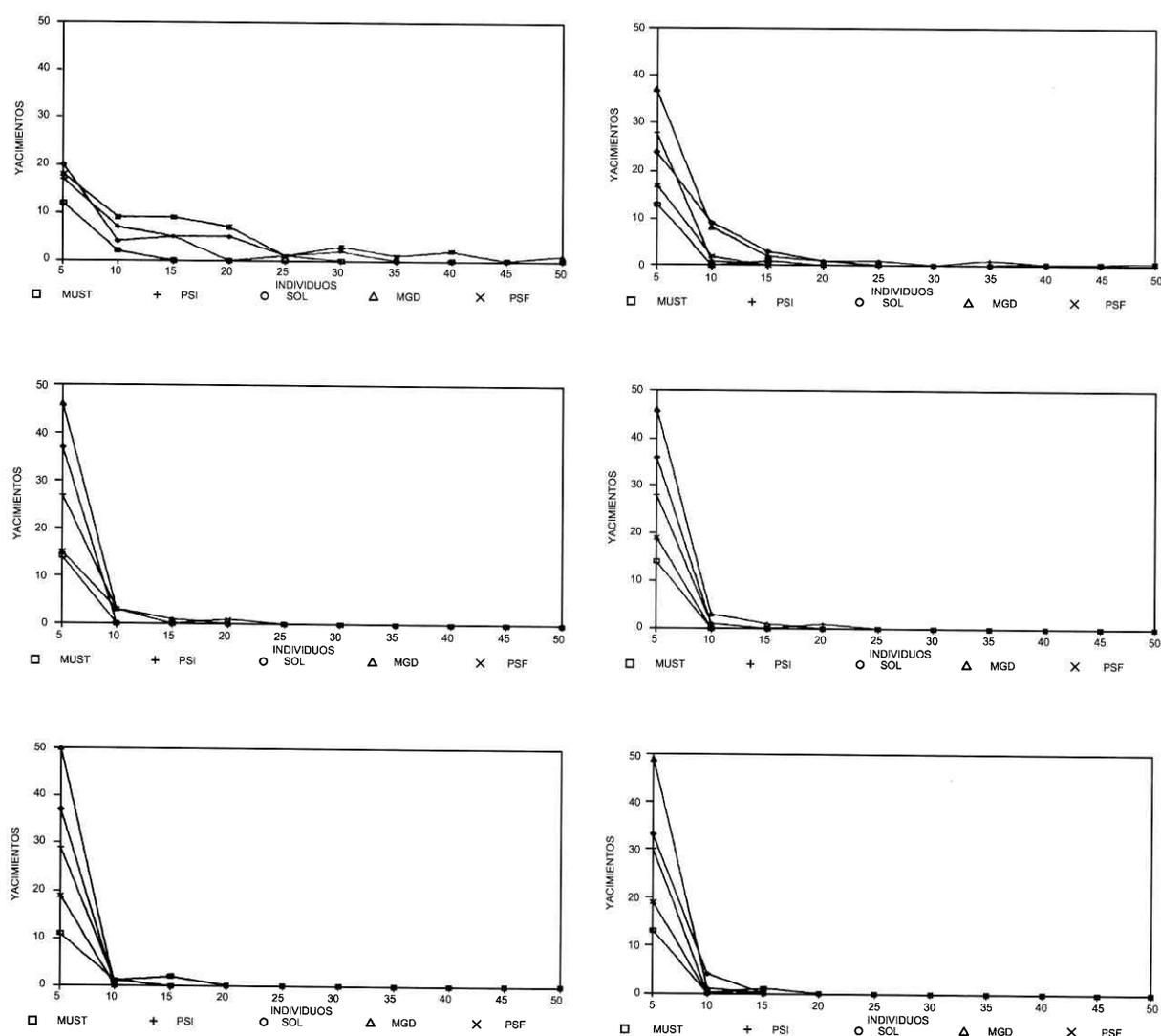


Fig. 3 — Relación entre el MNI y el número de especies animales diferentes encontradas en los yacimientos estudiados.

de la estructuración de los yacimientos en el Paleolítico Superior Cantábrico.

La comparación entre los resultados del análisis ecológico y la topografía del área circundante nos permitirá establecer el «territorio» controlado por cada yacimiento. Cada yacimiento presenta dos áreas fundamentales de las que obtiene sus recursos. Una, el territorio propiamente dicho, representaría el área de recursos cercanos y cotidianos; otra, el área de captación, sería un concepto más amplio al contener también los territorios de otros yacimientos ocupados por el grupo humano en sus desplazamientos. El desarrollo de técnicas de análisis de fuentes de materias primas líticas explica el modelo. Las materias primas líticas presentan dos grupos fundamentalmente. El primer grupo estaría formado por materias primas «locales» generalmente incluidas en un área de

5–10 km del yacimiento. Junto a éstas se presenta otro grupo de materias primas «exóticas» cuyas zonas de captación se presentan a 50 o incluso 200 km del yacimiento (Demars, 1982). En estos grupos vemos un grado de aprovechamiento diferente, mayor presencia de restos de talla, núcleos y debris entre las «locales» y casi exclusiva presencia de restos transformados entre las «exóticas».

Estas áreas pueden ser extensas o restringidas. Según los paralelos etnográficos los grupos cazadores presentan una máxima movilidad dentro de un área, en ella tienen varios campamentos de carácter estacional o temporal e incluso algunos lugares funcionales como talleres, cazaderos, etc. De esta forma se van creando áreas de habitación con caracteres que varían de una a otra. Cada uno de los campamentos tiene una zona de la que obtiene sus recursos,

esta zona o «territorio» tendrá dimensiones variables según sea su orografía y recursos. Durante el Paleolítico Superior según los datos ofrecidos por la fauna vemos como existieron suficientes recursos para mantener poblaciones de tamaño medio (Jochim, 1976). Junto a las limitaciones puramente geográficas tenemos que considerar también que la distancia recorrida por los cazadores no debía ser muy grande, pues de otro modo sería más económico trasladar el campamento.

Hasta el momento actual, hemos analizado los yacimientos desde una perspectiva exclusivamente económica, considerando su «territorio» y el área donde obtienen sus recursos. Sin embargo, al hablar de territorio debemos considerar que cada nivel de un yacimiento representa una ocupación humana, y que el grupo humano no es estático sino que utiliza y ocupa diferentes yacimientos. Como vimos anteriormente, los grupos de cazadores recolectores presentan una economía dinámica, con una serie de movimientos hacia diferentes lugares, movidos por factores variables. Este modelo dinámico representa la estructuración de los diferentes lugares dentro de un esquema básico. Entre los modelos etnográficos observamos una dicotomía entre campamentos base o hábitats principales y otros yacimientos orientados hacia funciones específicas, este mismo esquema indica así la existencia de grandes hábitats que se ocupan en determinadas épocas del año y que se abandonan para ocupar otros de menor tamaño. Estos presentan una variedad muy amplia, pues van desde cazaderos especializados a talleres o hábitats complementarios de segmentos del grupo.

El ejemplo más conocido es el representado por la movilidad de los grupos esquimales. Estos grupos, con una economía basada mayoritariamente en la caza son el modelo más utilizado, por su semejanza ecológica, con los grupos paleolíticos. La mejor descripción de los grupos de hábitats es junto a los Nunamiut de Binford, la de los Tulaqmiut de Cambell (1968), que creemos más completa y sistematizada. El trabajo de Cambell utiliza los Tulaqmiut, uno de los grupos Nunamiut. Los Nunamiut son una de las tribus esquimales que ocupaban el interior de Alaska. Su territorio ocupa 106 211 km² y hacia 1870, antes de la llegada masiva de los europeos estaba formado por 20 grupos, cada uno entre 20 y 100 personas, con un total de población de 1 400 personas. Uno de éstos es el

de los Tulaqmiut, estos son un grupo de cerca de 80 personas utilizando un área de 5 150 km² (aproximadamente la extensión de la provincia de Cantabria) [Cambell, 1968]. Según Cambell el territorio Nunamiut estaba mal definido: El límite del territorio tribal sólo circunscribe, aproximadamente, el campo Nunamiut y, es de hecho, dudosa mucha de su longitud para los Nunamiut y sus vecinos. Es, esencialmente, un límite económico, que separan los recursos más buscados y necesarios para los Nunamiut de tierras sin ocupar o de aquellos recursos que les eran menos útiles, y que están explotados por esquimales o indios con diferentes orientaciones económicas y tecnologías. Cada banda tenía su propio territorio base (*home territory*) cuyos límites eran sólo vagamente reconocidos «y que nunca se consideraban inviolables» (Cambell, 1968:3).

Aunque se basa en los esquimales Tulaqmiut se corresponde de forma general con los datos de otros grupos de cazadores-recolectores actuales (Lee & De Vore, 1971; Yellen, 1977). Este modelo debe también considerar la «duración de la ocupación». Es este un concepto difícil de cuantificar, es conocida la expresión común entre los arqueólogos que el resultado es el mismo si cien personas ocupan un día el yacimiento que si una persona lo ocupa durante cien días. Sin embargo, ésto no siempre es verdad. La temporalidad del yacimiento está en función de otros factores. Uno sería la limitación física del yacimiento. Grandes cuevas como la Cueva del Castillo o el Pendo pueden albergar un número alto de personas, otras como Cueva Chufin, el Otero, Rascaño, etc. no presentan un espacio habitable suficiente. Otro factor puede ser, si se aplica críticamente, la presencia de elementos estilísticos. Este factor es uno de los utilizados por M. Conkey (1980) para su análisis de Altamira como lugar de agregación. Otro factor podría venir de la propia presencia de los elementos de la cadena técnica, tanto lítica como ósea, estas cadenas no aparecen siempre completas en los yacimientos. La cadena técnica ósea, si bien no está perfectamente estudiada nos aporta un ejemplo claro. La presencia de instrumentos como las azagayas o los arpones no siempre están varillas, astas trabajadas, etc. como su número dejaría entender.

De esta forma podemos situar el problema de una forma general. Los niveles arqueológicos de los yacimientos representan ocupaciones puntuales, situadas no sólo en la gran escala

del tiempo sino también en una escala anual o mensual. El problema, pues, nos vuelve a llevar a considerar como los yacimientos arqueológicos representan momentos y no continuos. Así pues, debemos considerar que el problema actual de la prehistoria se debe orientar hacia el conocimiento de estos « momentos » y de esta manera ver como los yacimientos se ocupan y abandonan, no de forma nómada y aleatoria sino dentro de esquemas y modelos de ocupación del territorio social de los grupos humanos. En los estudios sobre Rascaño, Ekain, Erralla, etc., Altuna (1981; Altuna & Mariezkurrena, 1984, 1985) encuentra un modelo que no se puede siempre interpretar como estacional, pero que tampoco permite hablar de una ocupación continuada, aunque si implica momentos de abandono de la cueva. La presencia habitual de restos de egagrópilas, procedentes de la alimentación de las rapaces, indica que estas ocuparon la cueva en alternancia con los grupos humanos. El conocimiento de esta estructuración es el marco de referencia sobre el que situar nuestro nivel de conocimiento. La existencia de una estructuración es también un elemento de la cultura humana. La complejidad o simplicidad de esta estructura es reflejo de la propia complejidad o simplicidad de la cultura. Una sociedad no es sólo compleja porque nos presente un arte desarrollado, o unas cadenas técnicas elaboradas también lo es si su estructura social es compleja. La comprensión de los cambios estilísticos o técnicos sólo se pueden entender dentro de sociedades en las que el control social es elevado, en las que existe una relación social de pertenencia y exclusión de los otros.

Como vemos, ésto nos presenta un modelo de posibilidades detectables mediante análisis detallados de la industria y de los restos de caza, y nos permitirán analizar igualmente la estructura social de los grupos paleolíticos. También, nos debe poner en aviso sobre la movilidad de los grupos humanos. La presencia de recursos en un área determinada no obliga a su sobre-explotación. En un trabajo clásico de revisión, Binford nos pone en aviso sobre la dificultad de interpretar un espacio de 300 000 km² [*sic*] con una excavación de varios metros cuadrados (Binford, 1983). En este mismo trabajo presenta desplazamientos realizados por un grupo Nunamiut de más de 200 km en un año (Binford, 1983 : fig. 49). También en este trabajo se compara los territorios de los Nunamiut o de los bosquimanos G/wi con el área clásica

del Musteriense de la Dordoña (Binford, 1983 : fig. 51). También se presenta la suma de áreas de ocupación que un miembro de estos grupos visitaría en un año, ésta representa más de 13 000 km² (casi como Cantabria y Asturias juntas) [Binford, 1983 : fig. 52]. Los análisis de la estructuración del territorio en la Región Cantábrica han sido enfocados por diferentes autores como Utrilla Miranda (1981), Butzer (1986) o Straus (1986) entre otros. En general, estos autores han propuesto la aceptación de un modelo teórico de ocupación atendiendo las características de los yacimientos, su situación y los materiales arqueológicos encontrados. Sin embargo, en todos ellos se nota un cierto nivel de estatismo. La tendencia general es la identificación de varios lugares centrales o campamentos base que se articulan con otros subordinados. En algunos casos (Butzer, 1986) se propone la existencia de dos « modelos » de territorio, uno costero y otro interior. En este modelo, estos dos zonas son competitivas y pueden soportar grupos humanos diferentes. Sin embargo, la propia realidad geográfica de la región hace difícil pensar en como un pasillo tan estrecho puede soportar una densidad de población tan alta como para permitir la existencia de grupos humanos diferentes en estas zonas.

Si comparamos la Región Cantábrica con otras zonas cercanas culturalmente como la Dordoña o los Pirineos, observamos un primer aspecto fundamental. Geográficamente, la Región Cantábrica es un pasillo con una dirección de movilidad principal este-oeste. La Dordoña o los Pirineos se encuentran situadas en zonas con expansión también en otras direcciones, en el caso de los Pirineos se detecta junto a una dirección este-oeste una sur-norte (Bahn, 1984). Por un lado encontramos una relación Mediterráneo-Atlántico junto a otra Pirineos-Dordoña. En el caso de la Región Cantábrica, el eje fundamental es País Vasco-Asturias. La comunicación con el sur, tanto con el valle del Ebro como con el valle del Duero son por el momento posibilidades, comprobadas en el caso del valle del Duero por la aparición de yacimientos como las cuevas leonesas del Espertín o la Cantera (Neira, 1987) mientras que con el valle del Ebro sólo tenemos, por el momento, las evidencias de las cuevas con arte rupestre de Los Santos en el sur de Cantabria (Bernaldo de Quirós, Bohigas Roldán & Cabrera Valdés, 1987) y las de Ojo Guareña ya en el valle del Ebro de Burgos. En ambos casos, la evidencia permite

pensar en una vía Norte-Sur, cuya importancia es por el momento desconocida, aunque ésta haya sido negada por algunos autores (Clark, 1983).

Creemos que se puede, en general, seguir un modelo con tres tipos de yacimientos: yacimientos base o de agregación de gran tamaño, muy ricos en industria y restos óseos, normalmente con especialización en la caza de ciervos, y que a veces se relacionan con yacimientos que presentan largas estratigrafías, como podría ser la Cueva del Castillo con la presencia de cientos de ciervos ya en el nivel 18-Auriñaciense (Cabrera Valdés, 1984). Junto a estos, se encontrarían otros de menor tamaño, con cantidades equilibradas de ciervo y otros animales, que podrían representar campamentos temporales y por fin, otro grupo de yacimientos especializados en la caza de cabras, situados en las zonas rocosas como Rascaño o Lezetxiki. A este esquema se deberían unir los yacimientos especializados en la obtención de materias primas, aunque por el momento, no tenemos ninguno que presente estas características.

Con todo esto vemos la importancia que el análisis de todos los datos a nuestro alcance nos puede dar. La caracterización del medio en el que se desenvuelve la vida de estos hombres, nos va así permitir establecer de un modo más amplio la problemática de un período cultural como el Paleolítico. Una concepción más dinámica de los grupos humanos y el uso contrastado de los modelos etnográficos nos permiten así, contar con un marco de referencia sobre el que podremos situar nuestros grupos, analizando las semejanzas y las diferencias.

Bibliografía

- ALTUNA J., 1981. Restos óseos del yacimiento prehistórico del Rascaño. In: J. González Echegaray & I. Barandiarán, *El Paleolítico Superior de la Cueva del Rascaño*. Monografías del Centro de Investigaciones y Museo de Altamira, 3 : 221-269.
- ALTUNA J. & MARIEZKURRENA K., 1984. Bases de subsistencia de origen animal en el yacimiento de Ekain. In: J. Altuna & J. M. Merino, *El yacimiento prehistórico de la Cueva de Ekain, (Deba, Guipúzcoa)*. Eusko Ikaskuntza, B.1 : 211-280.
- ALTUNA J. & MARIEZKURRENA K., 1985. Bases de subsistencia de los pobladores de Erralla : Macromamíferos. In: J. Altuna, A. Baldeón & K. Mariezkurrena, *Cazadores magdalenienses en Erralla (Cestona, País Vasco)*. *Munibe (Antropología y Arqueología)*, 37 : 87-117.
- BAHN P.G., 1984. *Pyrenean Prehistory*. Warminster, Aris & Phillips.
- BERNALDO DE QUIRÓS F., 1980. *Notas sobre la economía del Paleolítico Superior*. Monografías del Centro de Investigaciones y Museo de Altamira 1. Santander.
- BERNALDO DE QUIRÓS F., 1982. *Los inicios del Paleolítico Superior Cantábrico*. Monografías del Centro de Investigaciones y Museo de Altamira 8. Madrid.
- BERNALDO DE QUIRÓS F., BOHIGAS ROLDÁN R. & CABRERA VALDÉS V., 1987. Las pinturas rupestres de la Cueva de los Santos o del Becerral (La Gándara, Soba, Cantabria). *Boletín Cántabro de Espeleología*, 8 : 133-140.
- BINFORD L.R., 1978. *Nunamiut ethnoarchaeology*. New York, Academic Press.
- BINFORD L.R., 1981. *Bones: ancient men and modern myths*. New York, Academic Press.
- BINFORD L.R., 1983. *In pursuit of the Past*. London, Thames and Hudson.
- BUTZER K.W., 1986. Palaeolithic Adaptations and Settlement in Cantabrian Spain. *Advances in World Archaeology*, 5 : 201-252.
- CABRERA VALDÉS V., 1984. *El yacimiento de la Cueva de «El Castillo» (Puente Viego, Santander)*. *Bibliotheca Praehistorica Hispana*, 32. Madrid.
- CAMBELL J.M., 1968. Territoriality Among Ancient Hunters: Interpretations from Ethnography and Nature. *Anthropological Archaeology of the Americas* : 1-21.
- CLARK J.D., 1972. Palaeolithic butchery practices. In: P. Ucko, R. Thrigam & G.W. Dimbleby, *Man, Settlement and Urbanism* : 149-156.
- CLARK G.A., 1983. Boreal phase settlement/subsistence models for Cantabrian Spain. In: G. Bailey, *Hunter-gatherer economy in Prehistory: A European Perspective* : 96-110.
- CONKEY M., 1980. The identification of prehistoric hunter-gatherer aggregation sites: the case of Altamira. *Current Anthropology*, 21 (5) : 609-630.

- DEMARS P.Y., 1982. *L'utilisation du silex au Paleolithique supérieur : choix, approvisionnement, circulation*. Cahiers du Quaternaire 5. Paris, C.N.R.S.
- FREEMAN L.G., 1971. Significado ecológico de las especies de animales. In : González Echegaray & L.G. Freeman, *Cueva Morín Excavaciones*, 1966, 68 : 419-429.
- FREEMAN L.G., 1973. The significance of mammalian faunas from palaeolithic occupations in Cantabrian Spain. *American Antiquity*, 38 : 3-44.
- JOCHIM M. A., 1976. *Hunter-Gatherer Subsistence and Settlement. A Predictive Model*. New York, Academic Press.
- LEE R. B. & DE VORE I., 1971. *Man the Hunter*. 4th ed., Chicago, Aldine.
- NEIRA A., 1987. Nuevas evidencias del Paleolítico superior en la provincia de León. *Tierras de León*, 69 : 107-126.
- PUMAREJO GOMEZ P. & BERNALDO DE QUIRÓS F., 1990. El análisis de las incisiones sobre hueso y sus implicaciones económicas. *Revista de Arqueología*.
- PUMAREJO GOMEZ P. & CABRERA VALDÉS V., 1990. Travaux de boucherie dans le Paléolithique supérieur cantabrique : les niveaux aurignaciens de la Cueva del Castillo (Cantabria, Espagne). In : *La chasse dans la Préhistoire. Colloque international. Treignes (Belgique), 3-7 octobre 1990*. Pré-actes. Treignes, Cédarc : 44.
- STRAUS L.G., 1986. Late Wurm Adaptive Systems in Cantabrian Spain: The Case of Eastern Asturias. *Journal of Anthropological Archaeology*, 5 : 330-368.
- UTRILLA MIRANDA P., 1981. *El Magdaleniense Inferior y Medio en la Costa Cantábrica*. Memorias del Centro de Investigaciones y Museo de Altamira 4. Santander.
- YELLEN J.E., 1977. *Archaeological approaches to the Present*. New York, Academic Press.

Dirección :

Federico BERNALDO DE QUIRÓS
 Area de Prehistoria
 Facultad de Filosofía y Letras
 Universidad de León
 E-26071 León (España)